

MODELOS MATERNALES EN LA GRECIA ANTIGUA: EL EJEMPLO MÍTICO DE HÉCUBA

Luis Miguel Pino Campos
Universidad de La Laguna

RESUMEN

El autor presenta un breve análisis de la figura troyana de Hécuba en su papel ejemplar de madre, no sólo de sus hijos carnales habidos con su marido Príamo, sino también de los habidos por su marido con su anterior esposa, ya fallecida. El papel de madre, al tratarse de una reina, se extiende metafóricamente a todos los ciudadanos de Troya. Éste es el papel que Homero presenta en la *Iliada*; en las tragedias de Eurípides, de las que sólo se incluye un texto, se destacan las graves consecuencias que traería la derrota militar ante los griegos.

PALABRAS CLAVE: Filología Griega. Mitología. Mujer. Homero. Eurípides.

ABSTRACT

The Trojan figure of Hecuba is briefly analysed in her exemplary role of mother, not only of her own children, that she had with her husband Priamo, but also of those that her husband had with his previous wife, already dead. Since she is a queen, the role of the mother is extended metaphorically to all citizens of Troja. This is the role that Homer presents in the *Iliad*. In Euripides' tragedies, from which only one text is included, the serious consequences of the military defeat by the Greeks is highlighted.

KEY WORDS: Greek Philology. Mythology. Woman. Homer. Euripide.

1. Es bien conocida la situación desfavorable de la mujer en la Grecia Antigua, ya se trate de aquellas que tenían la condición de esclavas, ya se trate de aquellas otras que eran libres. El sistema patriarcal explica un primer aspecto de esa situación desfavorable. Pero recordemos que poseer la condición de «ciudadana libre» en Grecia no significaba para la mujer lo mismo que ser independiente, pues en cualquier situación dependía o bien del padre, o de un tutor en su defecto, o bien del marido si ya estaba casada. Esta tutela perenne contribuía a que esa situación fuera aún más desfavorable. Pero hay un tercer factor más que con algunos matices es extensible a todas las mujeres griegas, y es el hecho de que esa no independencia, aunque fuese libre, significaba también el no tener capacidad de decisión en otros ámbitos externos a los del hogar familiar. Por tanto, sobre estos tres pilares (patriarcado, tutela varonil e incapacidad de decisión) la subordinación de la mujer al varón parece evidente cuando se atienden a las perspectivas jurídicas y de costumbres

(religiosas, políticas, familiares, económicas y culturales). La mujer griega libre limitaba su capacidad de actuación a la esfera del hogar familiar, ya fuera en su infancia y juventud, ya fuera en su madurez, ya lo fuera desde que contrajera matrimonio (Plácido, 1994: 18-21).

2. Esta situación general tenía algunas excepciones, igualmente conocidas. Entre ellas cabe recordar: a) La de aquellas mujeres que decidieron por sí mismas dedicarse a una actividad artística, particularmente la literaria, como son los casos de las poetisas Safo, Corina, Telesila, Praxila, Cleobulina, Beo, Erina, Mirtis, etc. b) La de aquellas mujeres de las que se da información en la comedia, novela e historiografía, que ejercieron una actividad profesional (y no sólo la prostitución en distintos grados) que les confería una libertad de movimiento y una capacidad de decisión inhabituales; son pocos casos, pero entre ellos cabe citar el de Aspasia de Mileto (Plácido, 2004: 85-98). Si damos crédito a las fuentes escritas, Aspasia de Mileto llegó a Atenas y fue amante de Pericles, pero de ella se ha destacado su capacidad de influencia política y su amplia capacidad retórica, ejercida incluso como magisterio, capacidad que reconocían todos los que la trataron. En esta mujer se dio, aunque no se le reconocieran derechos de elegir ni de ser elegida, independencia de movimiento y capacidad de decisión en lo privado y en lo público, sin que fuera un obstáculo su condición de mujer extranjera. c) Otro caso digno de consideración es el que representa la poetisa Telesila, quien decidió empuñar las armas y animar a mujeres, ancianos y esclavos para que con las armas que tuviesen a mano defendiesen la ciudad de Argos del ataque de los lacedemonios encabezados por Cleómenes. d) Igualmente constituye un caso excepcional en esa generalizada falta de independencia y de capacidad de decisión de la mujer, el hecho de aquellas mujeres casadas que quedaban solas en el hogar por ausencia del marido, o incluso por abandono de éste. La mujer casada en estos casos asumía el papel de cabeza de familia en cuanto que se reconocía públicamente su capacidad para tomar las decisiones necesarias, aunque en ningún caso ello fuera posible en el terreno político. Recuérdense los ejemplos de Penélope y de Deyanira en algunas versiones de sus respectivos mitos.

De las actividades de las mujeres cuando viven en una situación que favorece su independencia y su libertad decisoria dan cuenta algunos estudios de tipo histórico a los que remitimos (Plácido, 2004).

3. En esta ocasión nos ocuparemos de algunas mujeres griegas, protagonistas del mito, en su papel de madres. La situación de la mujer griega cuenta hoy con abundantes estudios realizados desde perspectivas distintas. A través de los textos literarios hemos podido examinar el papel de madre de estas heroínas y hemos visto cómo en unos casos la literatura mejora el juicio antiguo y cómo en otros casos lo empeora. Como quiera que los ejemplos analizados no abarcan la totalidad de los casos ofrecidos por los textos literarios ni es posible incluirlos todos en este limitado espacio, trataremos de ofrecer una tipología provisional.



4. Las mujeres del mito que hemos analizado son Hécuba (o Hécabe), Andrómaca, Clitemnestra, Tecmesa, Deyanira, Yocasta, Alcestis, Medea, Helena y Melanipa. En este análisis de su papel de madres ha de considerarse igualmente las relaciones de ellas con los hijos y viceversa, cuidando al mismo tiempo su papel de esposas, generalmente de quienes son padres de los mismos hijos. Excluimos del análisis, lógicamente, los casos de mujeres imposibilitadas de ser madre, sea por infertilidad (Hermíone), sea por virginidad religiosa (Casandra), sea por muerte prematura (Ifigenia, Antígona). La clasificación de estas madres según el criterio de la relación conyugal con sus maridos no tiene que coincidir necesariamente con su clasificación según el criterio de la relación maternal. Así, por ejemplo, Clitemnestra y Helena quedarían tipificadas como mujeres-madres infieles a sus maridos en el transcurso de su matrimonio, sin entrar en las causas de esa infidelidad siempre justificable en la mitología, mientras que Hécuba, Penélope, Deyanira, Tecmesa, Alcestis, Andrómaca y Medea quedarían tipificadas como mujeres-madres fieles a sus maridos. En cambio, como madres, la clasificación ha de ser más compleja, pues, considerando el criterio de una maternidad fiel, se agruparían en el mismo tipo Hécuba, Yocasta, Deyanira, Tecmesa y Andrómaca; por otro lado, madres que resultan infieles al predominio del lazo maternal serían Clitemnestra, Helena y Medea. Otras figuras quedan fuera de esta primera consideración.

5. Hécuba. (Grimal, *s. u.*, Ruiz de Elvira, 1980²⁰: 390-1 y Pomeroy, 1987: 42-3). La figura mítica de Hécuba, transcripción latina del nombre griego Hecabe, es la segunda esposa que tuvo Príamo, rey de Troya, según nos cuentan las tradiciones del ciclo troyano. De este matrimonio Hécuba tuvo familia numerosa. Homero dice que Príamo tuvo diecinueve hijos de un mismo vientre, posiblemente el de su esposa Hécuba (*Il.* XXIV, 496: «diecinueve hijos de un solo vientre eran que a mí me los pariera...»). Apolodoro (*Bibl.*, III, 12,5; edic. de José Calderón Felices, 1987, Akal/ Clásica, n. 13, pp. 98-9), dice que tuvo catorce hijos, entre los que se contaban Héctor, Paris (o Alejandro), Casandra, Creúsa, Laodicea, Políxena, Polidoro, Héleno, Troilo, etc. Eurípides elevaría a cincuenta el número de sus hijos, habidos en partos gemelos en algunos casos, si bien este número exagerado pudiera explicarse por los hijos que Príamo había tenido en su primer matrimonio con Arisbe, hija del adivino Mérope y con otras mujeres. El origen de Hécuba es explicado por dos tradiciones: La primera sitúa el nacimiento de Hécuba en Frigia (Asia Menor), hija de Dimante y de la ninfa Éunoe; esta tradición tiene algunas variantes que dicen que su padre (o bien su bisabuelo) era Sangario, rey que daba nombre al río que atraviesa la región frigia, y su madre era o bien la ninfa Evágora o bien Glaucipe, hija de Janto. Este origen frigio es el que se transmite en la *Iliada*. La segunda tradición, procedente de Eurípides, asigna a Tracia la región de su nacimiento, y sería hija de Ciseo y Teleclea. Sobre su leyenda se incluía el hecho de haber tenido durante el embarazo de su hijo Paris un sueño en el que una llama salía de su pecho e incendiaba la ciudad. Esta parte del mito tiene un claro sentido etiológico para justificar el ataque griego contra Troya y su posterior incendio. Cuando ya Troya fue asaltada en el décimo año de la guerra y casi todos sus hijos

habían muerto, Hécuba tuvo que soportar aún las muertes de los hijos que le quedaban. Serían los casos de Polidoro, enviado por sus padres con un rico tesoro al palacio de Poliméstor, rey del Quersoneso tracio, para que lo protegiera; pero el rey Poliméstor, producida la derrota troyana, mató a Polidoro y arrojó al mar su cuerpo, con la curiosa coincidencia de que las olas devolverían el cadáver a una playa, a la que había arribado la nave del victorioso Agamenón, en la que viajaban como botín de guerra Hécuba y otras mujeres troyanas; ya en tierra y mientras ofrecían un sacrificio, encontraron el cadáver del joven Polidoro y dieron la triste noticia a Hécuba, su madre. Las mujeres se vengarían matando a los dos hijos de Poliméstor y cegando al rey. El mito cuenta en otras versiones que Hécuba correspondió en lote a Ulises, o que fue lapidada en Tracia por los súbditos de Poliméstor.

6. Hasta aquí la leyenda de Hécuba. Veamos su papel como madre en los textos de Homero y de Eurípides. Otros autores comentan el mito a partir de estas dos interpretaciones (Apolodoro, Simónides [fr. 559 Page], Teócrito [XV, 139], Tzetzes, Higino [*Fáb.* 90], Servio, Suetonio), mientras que Séneca y Ovidio adaptan el personaje a unas nuevas circunstancias.

7. Homero ofrece nueve pasajes en los que la reina de Troya es presentada como una gran madre que cuida a sus hijos y teme por sus vidas. Así, el primero nos dice:

a) Y allí *su madre [Hécuba] le salió al encuentro*, la de dulces regalos, que a *Laódica llevaba consigo*, de entre todas sus hijas por el semblante la más distinguida; y *le asió de la mano fuertemente* y le llamaba por su propio nombre y le dijo a él estas palabras: «*Hijo mío, ¿por qué hasta aquí has venido, la arriesgada guerra abandonando? A buen seguro, ya os atenazan los hijos de los guerreros aqueos de malhadado nombre, que en torno a la ciudad están luchando, y a ti tu corazón te ha impulsado a venir hasta aquí y, así, desde la alta ciudadela levantar suplicante a Zeus las manos. Pero espera un momento, que vino dulce cual la miel te traiga, para que con él hagas libaciones a Zeus padre, primero, y después, asimismo, al resto de los dioses inmortales, y, a la postre, también tú te aproveches si tú mismo lo bebes. Porque cuando un varón está cansado, como tú estás ahora, defendiendo a tu gente, el vino grandemente aumenta su ardor*». Il. VI, 251-262: (López Eire, 1989: 273-4).

Las palabras y la acción de la madre Hécuba con el primogénito Héctor están llenas de amor materno, de aliento y de ánimo al hijo guerrero, defensor de los suyos, que no cesa en su empeño de defenderlos del enemigo a pesar del cansancio.

b) Y a ella luego así le respondía el gran Héctor del yelmo refulgente: «*No me des vino dulce, augusta madre*, cual la miel, no suceda que me dejes lisiado de mi ardor, y mi vigor yo olvide defensivo; [...] vete al templo de Atenea ... y el manto que tú tengas más galano y más grande en palacio y que, con mucho, sea para ti misma el más querido, en las rodillas ponlo de la diosa de hermosa cabellera ... *si ella de la ciudad se compadece de los troyanos y de sus esposas y de sus hijos que son tiernos niños* [...] Y Hécuba de entre ellos tomó uno [un pepló de Sidón de gran estima-



ción], que a Atenea le llevaba de regalo, y que era el más hermoso por sus ricos labores de bordados, y el de mayor tamaño, y fulgor despedía cual estrella; allí yacía el último de todos. Se puso, pues, en marcha y detrás de ella iban, apresuradas, las matronas en bien nutrido grupo. Y cuando ya llegaban al templo de Atenea, situado en lo más alto de la ciudadela, las puertas les abrió Téano, la de hermosas mejillas [...suplica a Atenea] *por si de la ciudad te compadeces de los troyanos y de sus esposas y de sus hijos que son tiernos niños...* (Il. VI, 263... 310: íd. 274-7).

El valor del hijo no es suficiente para garantizar la salvación de los hombres troyanos y se teme por las mujeres y los niños. Hécuba se dirige al templo de Atenea para suplicar a la diosa que cambie el curso de los acontecimientos. La madre está dispuesta a todo por sus hijos y por la ciudad en la que reina, incluso de ofrecer sacrificios con sus mejores prendas a una divinidad que no les es favorable.

c) A él, pues, que a estas cosas daba vueltas, se le plantaba al lado Febo Apolo, parecido a un varón robusto y fuerte, a Asio, que de Héctor, domador de corceles, tío materno era, de Hécabe el hermano carnal y el hijo de Dimante, y que en Frigia habitaba, al pie de las corrientes del Sangario. (Il. XVI, 715-9; íd. 686).

En este pasaje se explica el origen familiar asiático de Hécuba, de la conocida como primera tradición.

d) Y por el otro lado, su madre [Hécuba], por su parte, se lamentaba, lágrimas vertiendo, y el pliegue de su túnica soltando, con la otra mano el pecho cogido en alto tuvo, y, lágrimas vertiendo, le dirigía aladas palabras: «Respeto, hijo mío, esto que ves, y que de mí misma, Héctor, ten piedad, si un día yo a ti te di el pecho que hace olvidar las cuitas; acuérdate de ello, hijo querido, y rechaza a ese feroz guerrero, estando tú dentro de la muralla, y no quieras alzarle contra él para luchar en primera fila, ¡tú, hombre inflexible, porque si te matara, ya yo misma no he de poder llorarte, mi querido retoño en el lecho, a ti, a quien yo misma parí, ni tu esposa [Andrómaca] que fue adquirida con muchos regalos, sino que de nosotras dos muy lejos, junto a las naos de las huestes argivas veloces perros te devorarán!». Así los dos [Príamo y Hécuba], llorando, a su querido hijo le hablaban, con súplicas rogándole insistentes; pero no conseguían el corazón de Héctor persuadir. (Il. XXII, 79-89; íd. 886).

Sus padres presienten y temen que Héctor sea derrotado en el combate singular que le enfrentará a Aquiles; ellos dos prefieren su salvación aunque implique una retirada al interior de las murallas; sin embargo, Héctor pone por encima de su vida el honor de su nombre y de su ciudad a la que defiende con las armas, aunque ello le cueste la vida:

e) Así de Héctor la cabeza entera llena de polvo estaba; y su madre cabellos se arrancaba, y arrojó lejos de sí el espléndido velo, y, al ver a su hijo, prorrumpió en agudos sollozos. Y el padre estalló en gemidos lastimeros y las gentes del pueblo, a los dos lados, de la villa a lo largo, eran presas de plañidos y de lamentaciones. (Il. XXII, 405-9; íd. 906).



Héctor ha sido muerto a manos de Aquiles y su cuerpo ha sido arrastrado por el carro durante varias vueltas alrededor de las murallas. Sus padres no sólo ven cómo sus temores se han confirmado, sino que su dolor aumenta por la acción vengativa y cruel de castigar el cadáver del guerrero abatido destrozándolo al ser arrastrado una y otra vez por la seca llanura y los pedregosos caminos que rodean Troya.

f) Y Hécabe daba pie a las troyanas, el apretado planto dirigiendo: «¡Hijo mío, desgraciada de mí! ¿Qué va a ser mi vida desde ahora, después de haber sufrido esta desdicha, estando muerto tú, que para mí eras noches y días mi orgullo a lo ancho de la villa, y para todos, troyanos y troyanas, una ayuda por toda la ciudad? Ellos como a un dios te saludaban; pues, en verdad, tú estando vivo, eras para ellos también muy grande gloria; mas ahora ya te han dado alcance la muerte y el destino». (*Il.* XXII, 430-6; *íd.* 907).

La madre, confiada en la protección de su hijo primogénito y futuro rey de la ciudad, comprueba que su futuro esperanzado ha quedado roto, el suyo y el de su amado marido Príamo, pues el gran valedor de la ciudad, Héctor, ha caído muerto. Su dolor y sus temores ante el porvenir no sólo la afectan a ella como madre del difunto y de los otros hijos que quedan vivos, sino que extiende su lamento a toda la ciudad. Su dolor es familiar y comunitario.

g) [... Príamo] junto a sí a Hécabe, su esposa, llamó y le habló con clara voz: «¡Infeliz!, me ha llegado, procedente de Zeus, un mensajero olímpico a decirme que vaya yo a las naos de los aqueos a rescatar a mi querido hijo y dones lleve a Aquiles que su ánimo apacigüen. Mas, ¡ea!, dime esto: ¿qué te parece dentro de tus mientes? Porque, lo que es a mí, mi corazón me instiga fuertemente, y mi ánimo a que en persona vaya yo a las naves, dentro del amplio campamento aqueo». Dijo así, y la mujer rompió en gemidos y con estas palabras respondía: «¡Ay, ay de mí! ¿A dónde se te han ido aquellas mientes tuyas por las cuales, precisamente, antaño eras famoso entre los extranjeros y asimismo entre aquéllos sobre los que tú reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves aqueas, y ante los ojos de un varón ponerte que muchos bravos hijos te mató? Férreo es tu corazón en ese caso. Pues si llega a apresarte y a verte con sus ojos, aquel varón desleal y sanguinario de ti no ha de tener ni piedad ni respeto en absoluto. No hagas tal; antes bien, lloremos en palacio sentados y apartados; que así quizás un Hado poderoso le hiló el destino cuando iba naciendo, cuando a luz yo misma le hube dado: el de saciar a los veloces perros bien lejos de sus padres junto a un varón violento, cuyo hígado ojalá pudiera yo hasta su centro a él adherirme fuertemente y comérmelo crudo. Entonces sí que habría un desquite de hecho por mi hijo pues no le mató, no, como a un cobarde, sino firme plantado y en defensa de los troyanos y de las troyanas de pronunciado seno, sin traer a su mente la huida o el escape». (*Il.* XXIV, 193-216; *íd.* 989-91).

Los padres, Príamo y Hécuba, discrepan sobre la acción que Príamo ha de emprender, pues éste está dispuesto a arriesgar su vida ante el homicida de su hijo primogénito con tal de intentar sepultar honrosamente el cadáver de su hijo Héctor. Su esposa, Hécuba, por segunda vez, interviene para disuadir al varón de emprender



una empresa arriesgada; lo había hecho antes cuando su hijo aceptó enfrentarse en solitario a Aquiles; no lo consiguió entonces y no lo conseguirá ahora. Su dolor y preocupación irán en aumento, aunque su marido Príamo logre rescatar el cadáver de su hijo después de humillarse ante Aquiles y de entregarle un abundante tesoro.

h) Y Hécabe con el ánimo angustiado, a ellos acercóse llevando vino dulce cual la miel en un vaso de oro que traía en su derecha mano, para que entrambos antes de marcharse hicieran libaciones; y se detuvo ante los caballos, y a Príamo llamando por su nombre, así dijo: «Toma, haz libación a Zeus padre, y votos por volver de nuevo a casa a salvo de varones enemigos, ya que a ti el ánimo a marchar te empuja hacia las naves, aunque yo no quiero. Luego suplica a Zeus, hijo de Crono, el de la negra nube, el dios del monte Ida, el cual atalaya Troya entera, y pídele un presagio, su veloz mensajero, la que es para él mismo la más querida de las aves todas, cuya fuerza es inmensa, y que venga volando a la derecha, para que tú en persona la veas con tus ojos y, en ella confiado, hacia las naves vayas de los dánaos de veloces corceles. Pero si Zeus el de voz potente no llegara a otorgarte su propio mensajero, yo, al menos, ya a ti, luego no te exhortaría ni habría de empujarte a que a las naos de los argivos fueras, aunque con ansia lo estés deseando». Y a ella en respuesta así dijo Príamo que a los dioses se parece: «¡Mujer!, si es esto lo que tú deseas, en verdad que no habré de contrariarte, que es cosa saludable hacia Zeus suplicantes levantar vuestras manos por si se compadece de nosotros». (*Il.* XXIV, 283-301; *id.* 997-8).

Ante el temor por el riesgo de la empresa y las discrepancias de los esposos, la madre de Héctor ruega a su marido que haga un sacrificio a Zeus y consulte la voluntad divina respecto a esa acción. La prudencia femenina de una madre no sólo mira los peligros sino que recomienda tomar todas las precauciones, encomendándose a la divinidad cuando llega el caso.

i) Y, a su vez, entre ellas [las mujeres troyanas] Hécabe daba inicio a su llanto vehementemente: «Héctor, con mucho el más querido hijo, de entre todos los que hube, para mi corazón; bien cierto es, pues me consta, que, al menos cuando aún estabas vivo, querido eras por parte de los dioses, los cuales, justamente, incluso en este inevitable trance de la muerte, de ti se preocupaban. Porque a otros hijos míos Aquiles los vendía, el de los pies ligeros, según los capturaba, del otro lado del mar estéril, llevándolos a Samos o a Imbros o Lemnos la humeante; a ti, por el contrario, luego que con el bronce de aguda punta el alma te arrancó, muchas veces solía él arrastrarte en torno de la tumba de su amigo Patroclo, a quien mataste; mas aún ni así logró resucitarlo. Ahora, sin embargo, bien fresco e impregnado de rocío aquí estás junto a mí, yaciendo en el palacio, semejante a aquél a quien Apolo, el del arco de plata, con sus suaves saetas apuntando, mató de un disparo». (*Il.* XXIV, 746-59; 1028-9).

Recuperado el cadáver del hijo, Hécuba expresa sus lamentos, pero al menos se consuela con el hecho de poder darle sepultura y de que su cadáver no sea presa de los perros salvajes y de las aves de rapiña.

Queda de Hécuba una alusión en boca de Helena, poco favorable para la primera. Sin embargo, hemos de reconocer que las relaciones conyugales de Paris



y de Helena no pudieron ser nunca bien vistas por la madre del segundo hijo varón de Hécuba, dado que rompía los usos tradicionales y empezaba a confirmar los malos augurios de aquel lejano sueño que Hécuba tuviera durante su embarazo de Paris, en el que se le pronosticaba que el hijo que iba a tener traería la destrucción de Troya. Véanse otros detalles en Loraux (2000: 47-53).

j) [Helena habla de Héctor, cuyo cadáver yace expuesto]. Porque ya han transcurrido veinte años, contando el ahora transcurrido desde aquél en que yo de allí me vine y salí de mi patria; pero jamás he oído de tu boca una palabra mala o ultrajante; antes bien, cada vez que cualquier otro me increpaba en palacio, uno de mis cuñados o cuñadas, o bien de las mujeres de mis cuñados, las de hermosos peplos, o bien mi suegra [Hécuba] (puesto que mi suegro ha sido siempre como un dulce padre), tú, por tu parte, con buenas palabras dándoles tu consejo, lograbas contenerlos, con ese carácter apacible y tus dulces palabras. (*Il.* XXIV, 763-72; *íd.* 1029-30).

8. Al entrar en el análisis de los textos de Eurípides la figura de Hécuba mantiene la buena reputación que había tenido durante los siglos anteriores. En las tres tragedias conservadas en las que aparece Hécuba, su imagen de buena madre y de fiel esposa se consolida porque es presentada como protectora no sólo de sus hijos sino también de los habidos por su marido con otras mujeres de palacio.

No disponemos de más espacio para desarrollar el tema de la maternal Hécuba, por lo que concluimos este primer estudio con una primera alusión a la tragedia euripídea que lleva su nombre, *Hécuba*. En ella encontramos al hijo pequeño, Polidoro, ya fallecido, que como espectro se presenta en la escena aludiendo a su madre y anunciando los infortunios que aún le aguardan:

Yo, Polidoro, hijo que soy de Hécuba, la natural de Ciseo, y de mi padre Príamo [...] La fatalidad lleva a mi hermana a morir en el día de hoy. Mi madre contemplará los cadáveres de dos hijos: el mío y el de mi desgraciada hermana. Pues a fin de conseguir un sepulcro, desdichado de mí, me mostraré ante sus pies de esclava, en medio de las olas. Pedí a los poderes infernales conseguir una tumba y venir a manos de mi madre. Así, cuanto deseaba obtener, acaecerá. Mas me alejaré de la anciana Hécuba, pues aquí dirige su pie desde la tienda de Agamenón, temerosa de mi aparición. ¡Ay! ¡Oh madre, que, descendiendo de mansión real, contemplaste el día de la esclavitud! Sufres tanto cuanto otrora gozaste. Compensándote por tu anterior felicidad un dios intenta aniquilarte. *Hec.* 3... 43-58: (Eur., *Tragedias. I.*, trad. López Férez, 1985: 365-7).

9. El ejemplar papel de Hécuba como madre encuentra en otras mujeres del mito una semejanza en el amor ilimitado hacia sus hijos. Son los casos de Andrómaca, de Penélope, de Deyanira, de la triste Melanipa, privada de sus dos hijos y finalmente recuperados, y de tantas otras. Mas en cada caso siempre cabe establecer algunas diferencias.

10. Frente a esta ejemplar conducta como madres, existen otras heroínas en las que el amor materno se ve interrumpido por otras prioridades (Helena y Clitemnestra



por sus amantes), o bien ofuscado por la pasión y los celos (Medea). Habrá ocasión de exponer los respectivos comentarios en futuros análisis.

11. En el caso de Hécuba destaquemos el hecho paradójico de que fue una gran madre que tuvo una descendencia muy numerosa, sea cual fuere la cifra concreta. Se mantuvo fiel a todos sus hijos en su amor maternal, no sólo con los hijos que engendró sino también con los que recibió ya engendrados del primer matrimonio de su esposo; sin embargo, hubo de contemplar en vida cómo uno a uno todos sus hijos fueron muriendo con muerte violenta. Madre ejemplar, terminaría su vida en la mayor frustración que una madre pueda sentir: verse privada de sus hijos por la muerte violenta de cuantos varones y hembras había engendrado.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Apolodoro* (1987): *Biblioteca mitológica*, edic. de J. Calderón Felices, Akal/Clásica, n. 13, Madrid.
- BACHOFEN, J. J. (1987): *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*, Madrid. [Traduc. de M. Mar Llinares García; 1862¹.]
- BRULÉ, P. (1987): *La fille d'Athènes. La religion des filles à Athènes à l'époque classique. Mythes, cultes et société*, Les Belles Lettres, París.
- CALERO SECALL, I. - DURÁN LÓPEZ, M. de los A. (coords.) (2002): *Debilidad aparente, fortaleza en realidad. La mujer como modelo en la literatura griega antigua y su proyección en el mundo actual*, Atenea Estudios sobre la mujer, Universidad de Málaga.
- CALERO SECALL, I. (1999): *Consejeras, confidentes, cómplices: La servidumbre femenina en la literatura griega antigua*. Ediciones Clásicas, Supplementa Mediterranea 3, Madrid.
- CHARLIER, M.-TH. - RAEPSET, G. (1970): «Étude d'un comportement social: Les relations entre parents et enfants dans la société athénienne à l'époque classique», *L'Antiquité Classique* 40, pp. 589-606.
- DURÁN LÓPEZ, M. DE LOS A. (2002): «Solidaridad femenina en los coros del teatro griego», en Calero Secall, I. - Durán López, M. de los A. (coords.): *Debilidad...*, pp. 149-264.
- Eurípides* (1985): *Tragedias I*, edic. López Férez, Cátedra, Madrid.
- FINLEY, M. I. (1955): «Marriage, Sale and Gift in the Homeric World», *Revue Internationale des droits de l'Antiquité* 2, pp. 167-94.
- GOMME, A. W. (1925): «The position of Women in Athens in the Fifth and Fourth Centuries B. C.», *Classical Philology* 20, pp. 1-25 (= *Essays in Greek History and Literature*, Blackwell, Oxford, 1937, pp. 89-115).
- GANGUTIA, E. (1994): *Cantos de mujeres en Grecia*, Ediciones Clásicas, Madrid.
- GRIMAL, P. (1969): *Diccionario de mitología griega y romana*, Labor, Barcelona.
- HADAS, M. (1936): «Observations on Athenian Women», *Classical Weekly*, pp. 97-100.
- HERINGTON, C. J. (1955): *Athena Parthenos and Athena Polias*, Manchester U. P.
- HIRVONEN, K. (1968): *Matriarcal Survivals and Certain Trends in Homer's Female Characters*, Annales Academiae Scientiarum Fennicae, Series B, 152, Suomalainen Tiedekatemia, Helsinki. [Ver Hasel Beate, W. (ed.), *Matriarchatstheorien der Altertums-Wiss.*, pp. 149-67.]
- Homero* (1989): *Iliada*. Edición de A. López Eire, Cátedra L.U. n1 101, Madrid.
- JENNINGS, R. H. (1992): «On the alleged evidence for mother-right in early Greece», en Wagner Hasel Beate (ed.), *Matriarchatstheorien der Altertums-Wiss.*, pp. 30-43.
- JUST, R. (1989): *Women in Athenian law and Life*, Routledge.
- LORAUX, N. (2004): *Madres en duelo*, Traduc. A. Iriarte, Ábada Editores, Madrid.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (1994): «Las mujeres en el mundo antiguo. Una nueva perspectiva para reinterpretar las sociedades antiguas», en Rodríguez Mampaso, M. J., Hidalgo Blanco, E., G. Wagner, C. (eds.), *Roles sexuales...*, pp. 35-54.
- MOSSÉ, C. (1990): *La mujer en la Grecia clásica*, Nerea, Madrid, 1983¹.



- PESANDO, F. (1987): *Oikos e Ktesis. La casa greca in età classica*, Quasar, Perugia.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1994): «Polis y oikos: los marcos de la integración y de la desintegración femenina», en Rodríguez Mampaso, M. J., Hidalgo Blanco, E., G. Wagner, C. (eds.), *Roles sexuales...*, pp. 15-22.
- (2004): «Aspasia, la otra cara de la Atenas de Pericles», en Villa, J. de la: *Mujeres de la Antigüedad...*, pp. 85-98.
- POMEROY, S. B. (1987): *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la antigüedad clásica*, Akal, Madrid.
- RODRÍGUEZ MAMPASO, M. J., HIDALGO BLANCO, E., G. WAGNER, C. (eds.) (1994): *Roles sexuales. La mujer en la historia y la cultura*, Ediciones Clásicas, Madrid.
- RUIZ DE ELVIRA, A. (1982²⁰): *Mitología Clásica*, Gredos, Madrid.
- SAVALLI, I. (1983): *La donna nella società della Grecia antica*, Patron, Bolonia.
- SCHAPPS, D. M. (1979): *Economy Rights of Women in Ancient Greece*, Edimburgo.
- VERNANT, J. P. - VIDAL-NAQUET, P. (1987): *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, Taurus, Madrid.
- VIDAL-NAQUET, P. (1981): *El cazador negro. Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego*, Maspero, París.
- VILLA, J. DE LA (ed.) (2004): *Mujeres de la Antigüedad*, Alianza Editorial, H. 4224, Madrid.

